

**PILPILCO,
HUELLAS DE
AMOR Y
TAVESURAS**

Ivonne Duhart Pilgrim

PILPILCO, HUELLAS DE AMOR Y TRAVESURAS.

PRÓLOGO.

Pilpilco, Huellas de Amor y Travesuras es la narración en primera persona de las vivencias de la autora en el tiempo de su infancia.

Por medio de esta narración, podemos conocer de forma íntima, en el seno de una familia de clase media, el tiempo comprendido entre los años 1948 a 1955, en el contexto del auge de la minería e industria del carbón en Chile.

Esta es la Familia Duhart Pilgrim, hijos de inmigrantes franceses y austriacos, radicados en la costera ciudad de Lebu, en la región del Bío-Bío en Chile. Y que por razones laborales migran a Pilpilco, pueblo minero ubicado en la provincia de Arauco, cuyo nacimiento y existencia estuvo impulsado por la explotación del carbón.

Pilpilco, hoy ya no existe, solamente se encuentran los cimientos (recubiertos de pinos plantados por empresas forestales y vegetación) de algunos edificios característicos, como la administración, el teatro, la pulpería, el colegio, iglesia, piscina recreacional. Establecimientos, creados para mantener y proveer educación y recreación a las familias de los empleados, obreros y mineros de la “Compañía Carbonífera de Pilpilco”.

Por medio del relato de la autora, podemos adentrarnos, en las alegrías, temores, fantasías infantiles, historias, cuentos y “leyendas” del lugar, así como las costumbres, necesidades, hábitos, limitaciones y creencias de una familia chilena de la época.

Pilpilco, Huellas de Amor y Travesuras, es una narración que le transportará a la infancia, y le permitirá al lector regresar a los tiempos de ingenuidad e inocencia de la niñez.

INTRODUCCION.

Estoy en la antesala de mi pasado. ¡Increíble!. No parece el lugar de mis recuerdos. Todo está distinto. Lo que consideraba tan extenso y grande, es en realidad pequeño.

El río parece un estero pedregoso, rápido, con sus aguas cristalinas, se ven en el fondo sus piedras redondeadas, engañando su profundidad. Su ruido ensordece, plateándose la superficie con los rayos solares, tomando unos verdes oscuros a la sombra de los mimbres de las orillas.

Llegando al puente, su ladera y toda la vega está plagada de carpas y tiendas para acampar. Se ven centenares de personas tendidas al sol y bañándose, refrescándose en el agua. Familias enteras gozan de un extraordinario verano en lo que amablemente ofrece la madre naturaleza.



Atravesando el puente, mi hijo deja el auto frente al portón, que se encuentra con cerrojo y cadena, indicando que es propiedad privada. Plantaciones de pino y eucaliptus, nos muestran la exuberante vegetación, a ambos lados del camino, ahora camino carretero en todo el sentido de la palabra, como dos líneas paralelas, que se unen a distancia, marcando las huellas del trajín.

Afirmada al portón, observo el sendero y una alfombra marrón de hojas de pino y eucaliptus y piedrecillas de ripio se destacan a primera vista.

Mis nietos son los primeros que atraviesan el cerco, saltando y jugando corren libremente como encantados ante tanta belleza y esplendido entorno.

El cielo no se ve, los árboles no lo dejan ver porque se entrecruzan sus ramas. Me siento muy pequeña y emocionada. Al lado del camino, un estero lleva aguas aún y avanza entre arbustos, pedregales y pastizales, reflejándolos sombríamente como espejo alargado y quieto. Tocamos el agua pero no la bebemos.

¡Qué ganas de correr, saltar y brincar; pero no, me quedo quieta, como aturdida.

Estoy en el umbral de mis recuerdos. Pisando firme sobre un sueño, mil veces repetido en mi vida.

No puedo avanzar, ¿ con quién voy ¿ No puedo dejar a mi nuera sola con los niños y llevar a mi hijo conmigo. Tampoco puedo ir con mis nietos sola por medio de la selva.

Me contento con mirar y observar el camino que se pierde al fondo y me rindo, no es posible seguir más adelante...

Otra vez será ... Al volver sobre mis pasos, tomo como recuerdo una piedra caliza con forma de corazón. Le gustó a mi nieto Manuel, lo coge; pero es pesada para sus años y me lo entrega. Junto a mi sensible corazón humano y viejo, traigo el corazón de esa tierra, tan amada de mi niñez. Tengo una reliquia como regalo por el esfuerzo de ir a visitarlo.

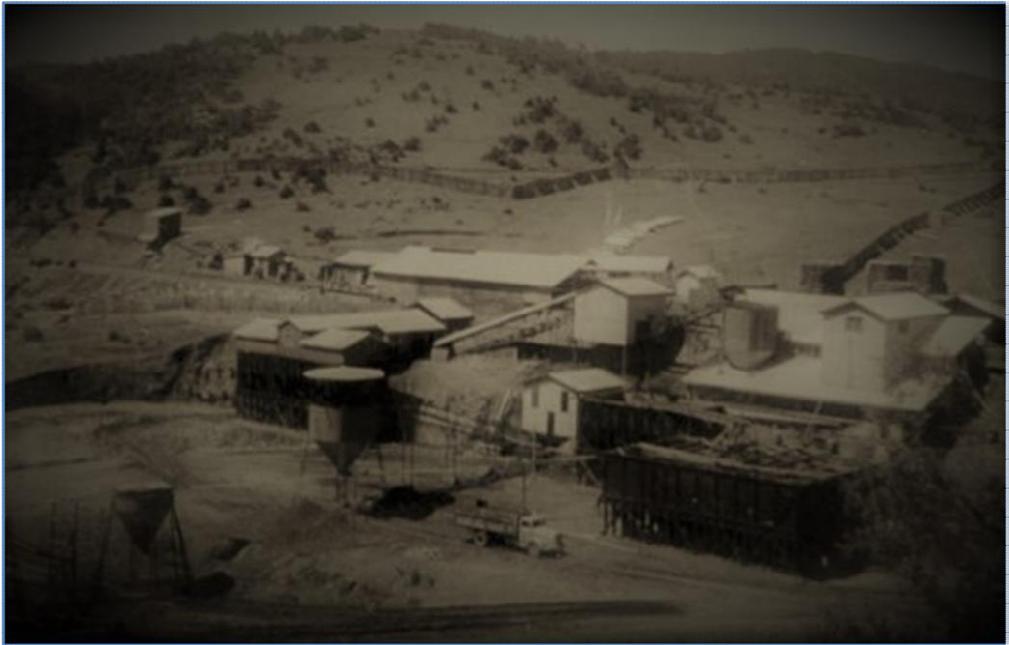
Ya en el auto y de regreso a casa, mis pensamientos empezaron a recorrer los distintos lugares que conformaron éste pueblo, tan activo y pintoresco asentado en las quebradas de la Cordillera de la Costa en la Cordillera de Nahuelbuta, Región de Biobío, en la década del 50.

Me sumí en mis ensueños y añoranzas de antaño con anécdotas, hechos, vivencias que lograron alegrarme e impulsarme a anotar y relatarlos.

Del pueblo de mi niñez no queda nada, en su reemplazo hay reforestación...

NUESTRA FAMILIA LLEGA A PILPILCO

Después de un tiempo de encontrar empleo en la Compañía Minera Pilpilco, papá logró llevarnos con él, éramos tan pequeños que en el viaje nos quedamos dormidos profundamente y no nos dimos cuenta cuando llegamos.



Al despertar al día siguiente, junto a mis hermanos, en un lugar distinto, lo primero que se me ocurre decir:

-¿Dónde estamos?

-En Pilpilco- responde mi hermana Norma que ya había preguntado a mis padres.

La curiosidad nos envolvía y correteábamos por la casa y mirábamos por las ventanas muy inquietos y parlanchines. No hallábamos las horas de salir al patio para conocer el entorno.

Al levantarnos, fuimos a lavarnos a un tocador, que papá había colgado en la pared, cuyo depósito de agua poseía una llave en la parte inferior, al medio del lavatorio. Nos gustó el sistema, pasábamos lavándonos las manos. Papá

nos explicó que no habían instalado el baño y no debíamos malgastar el agua.

Lavados y peinados nos fuimos a desayunar. Papá había hecho fuego en una cocina a carbón de piedra muy distinta a las que conocíamos y fue una novedad para nosotros. El ambiente estaba agradable, calentito. El desayuno lo encontramos muy rico, una paila de huevos revueltos, dulces pancitos y leche.

Pudimos salir afuera de la casa, corrimos para un lado y otro, asombrados, maravillados. Hacia donde girara nuestro cuerpo, veíamos: montañas, cerros, quebradas, árboles, arbusto, pasto, hiervas de todo tipo. Todo verde en distintos tonos y matices.

Nuestra mayor admiración fue al escuchar el pito del tren. Parecía tren de juguete, sus pequeños carros de una tonelada, pasaban cargados de carbón y luego de una hora más o menos volvían vacíos. ¡Qué interesante!

Ese día todo fue expectación, curiosidad, nuestra cabeza permanecía

largas horas apoyada en la ventana mirando hacia el frente, desde la salita de estar, para ver pasar el tren. La línea del tren se encontraba al otro lado del estero principal.



En la tarde fuimos con mamá a conocer otro estero, que quedaba a poca distancia de la casa y que abastecería de agua a nuestro hogar y el de los vecinos.

Nuestra casa formaba parte de un pabellón de cuatro hogares distintos, separados por un cerco de madera . Vecinos que fuimos conociendo de a poco. Había otros niños en el barrio que más adelante serían nuestros amiguitos y compañeros de aventuras. Los pabellones habitacionales eran ocupados por las familias de los empleados por mientras se construían las casas individuales definitivas que con el tiempo pasarían a ser la población administrativa.

Cuando estuvimos frente al salto de aguas, permanecemos largo rato embobados, nos paramos a cada lado de papá y mamá y miramos largo rato las chispeantes y espumosas aguas chocando en el roquerío, que ocuparíamos para lavar nuestra ropa, utensilios y trastos de la cocina .

Nos volvimos hacia el frente a unos cuantos metros y desde un barranco altísimo un chorro formaba una cascada de unos cinco metros, viéndose al fondo una pared negruzca por los musgos existentes de mucho tiempo. El agua caía en un oscuro pozón que observábamos con miedo y respeto, tomados todos de la mano o del vestido de mamá.

Las aguas de uno y otro torrente se unían y desaparecían por una alcantarilla que las vaciaba al estero principal.

Se nubló, así es que regresamos a casa...

Ya instalados, nos sentíamos muy cómodos y muy contentos porque estaríamos con papá todos los días. Era otoño y empezaría a llover más seguido de modo que nos entretendríamos jugando en el pasillo.

Un cajón de madera que escogimos de los que sirvieron para embalar las cosas en el traslado, fue el juguete de ocasión. Esta vez mi compañero de juego sería mi hermanito Moncho. Uno se metía dentro del cajón y el otro lo empujaba. Todo iba muy bien, nos reíamos, mas, no contábamos con una tabla saliente en el fondo del pasillo. Yo iba sentadita dentro muy tomada del borde. Moncho empujaba el cajón, lo hacía con tal ímpetu, casi corriendo y ¡Saz! Mi cabeza chocó en el borde.

Consecuencia, la nariz rota con una hemorragia que asustó a mamá...Fin del juego. Nariz hinchada, cajón roto y echado al fuego.

Después del llanto, la atención y cuidado de mamá, vino la quietud. Estuvimos tranquilos un rato.

LA LAGUNA INESPERADA

Con las intensas lluvias caídas durante muchos días seguidos, en el mes de junio , pleno invierno, algo le pasó al cause que debe contener el agua de los esteros y el nivel empezó a subir formando una enorme laguna. El agua llegaba a pocos metros de la casa. La laguna era un espejo. Las nubes fueron pasando y un sol brillante volvió a alumbrar, invitándonos a salir a recorrer la orilla y recrearnos con el nuevo capricho de la naturaleza. Ir por alrededor de la laguna y observar los cerros reflejados en el agua era para quedar mudos y plenos .

De pronto, vimos acercarse nadando con especial donaire y maestría, una veintena de patos y gansos domésticos que se salieron de los corrales vecinos. Orgullosos mostraban sus habilidades natatorias.

Nos agachamos y cogimos unas piedrecitas y las lanzamos revotándolas sobre el agua tratando de asustar a las aves que se deslizaban sobre la superficie batiendo las alas y graznando más fuerte de lo acostumbrado y se alejaban de la orilla.

Los gansos y patos permanecieron por varios días chapoteando en las cristalinas aguas y nosotros nos deleitamos observándolos y espantándolos .

Las aguas bajaron su nivel y el fondo empezó a aparecer fangoso y lodoso. La belleza del lago se fue perdiendo poco a poco y cada día los charcos se ponían color marrón y para los patos no significaban nada, al contrario, felices correteaban, picoteando en busca de lombrices y cangrejos que con la humedad se habían multiplicado para beneficio de las aves.

En nuestro recorrido fuimos encontrando algunos tesoros que en realidad no alegraban tanto a nuestra madre, por tratarse de huevos de patos cuyo sabor no es apetecido por permanecer muchos días bajo el agua, simplemente no

estarían aptos para echarlos a empollar. Seguramente iban a la basura; pero el encuentro de esos “tesoros”, nos hacían felices...

